

EFFECTOS DE LA SANA DOCTRINA

Volumen 6 – Sermón No. 324

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 22 DE ABRIL DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA DE NEW PARK STREET, SOUTHWARK**

***“Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos”
Mateo 24:24***

No voy a entrar esta noche en ningún argumento que pruebe la doctrina de la elección. Ya lo he hecho en otras ocasiones y estoy dispuesto a hacerlo de nuevo. Me propongo más bien hablar de algunos de los efectos prácticos que resultan de este artículo de la fe del creyente. Sin embargo, no podemos pasar por alto el texto sin observar que es muy cierto que hay un elegido, y que estos elegidos son un pueblo especial, pues son definidos aquí como "aun los escogidos", aquellos que lo son de hecho y de verdad.

Es igualmente claro que estos elegidos no pueden ser engañados. El texto nos informa que si fuera posible, aquellos engañadores que habían llegado al extremo de grandes señales y prodigios, añadiendo sin duda a ello toda clase de elocuencia y persuasión, no fueron capaces de engañar a los elegidos, por la sencilla razón de que no es posible. Los habrían engañado si hubiera existido la posibilidad, pero los elegidos eran un pueblo que no podía apartarse de la firmeza de su fe y ser engañado.

Además, podemos añadir que en el versículo veintidós, se habla de este mismo pueblo elegido como de aquellos por cuya causa se aminora el rigor de los castigos de Dios. "Entonces habrá una gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; pero por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados".

Dios no atemperó el rigor de sus dispensaciones por el bien de toda la carne, sino por el bien de los elegidos. El lamento lastimero de la humanidad no mueve al Todopoderoso a escatimar Su justa dispensación de castigo sobre las naciones, es el clamor de los elegidos el que mueve Su corazón. Por ellos promete acortar esos días y envainar, por así decirlo, Su espada antes de tiempo.

Simplemente hacemos estas observaciones para mostrar que en los tratos de la providencia de Dios, y seguramente también en los tratos de Su gracia, Dios tiene una consideración especial por Sus elegidos y justificados. Por causa de los elegidos, Él hace muchas cosas que de otra manera no entrarían en el plan de Su gobierno.

Si leyéramos nuestras Biblias en el original, nos sorprendería sobremanera la relevancia que se da a la doctrina de la elección, y si, hermanos míos, conocierais en absoluto las costumbres de la Iglesia cristiana primitiva, o hubierais leído alguna de las cartas que se han conservado de la primera era del cristianismo, os asombraríais al descubrir cuán conspicuamente aparece esta gran doctrina, hasta el punto de que los cristianos acostumbraban a dirigirse los unos a los otros como elegidos.

El término, lejos de ser recóndito, era común en la conversación diaria, y la doctrina, lejos de ser retenida, no vacilo en decir, esa gran doctrina de la crucifixión y la resurrección de nuestro muy bendito Señor, ninguna doctrina tuvo tanta prominencia en la iglesia cristiana primitiva como la doctrina de la elección de gracia. La palabra "elegidos" se repetía con tanta frecuencia en la conversación, y estaba tan mezclada con toda su predicación, con todas sus reuniones y con todos sus actos eclesiásticos, que es imposible concebir que su significado pudiera ser oscurecido o menospreciado.

Sin embargo, como dije antes, no es mi intención extenderme sobre este asunto. Mi simple trabajo será limpiar la doctrina de las diversas calumnias que se han vertido sobre ella, mostrando su influencia práctica apropiada, una influencia que espero que como iglesia no mostremos meramente con palabras de labios de nuestro ministro, sino en nuestra vida diaria y en nuestra conversación como pueblo.

A menudo se ha objetado a los que sostienen la doctrina de la elección, que restringe a los ministros de predicar seriamente a los pecadores. Ahora bien, nos vemos obligados a confesar con el mayor pesar, y puedo añadir también con no poca indignación, que ha habido algunos hombres que nunca han sido capaces de captar el Evangelio en su integridad, y presentar la gracia de Dios a las mentes de los hombres en su soberanía y en su gratuidad a la vez. Aunque sus sermones resuenan a veces con la clara y melodiosa nota de la gracia, con demasiada frecuencia se empeñan en matizar el alcance de su invitación, e inventan explicaciones propias, para torcer el simple significado de las Escrituras.

Calvinistas, pueden llamarse tales hombres, pero a diferencia del Reformador, cuyo nombre adoptan, traen un sistema teológico para interpretar la Biblia, en lugar de hacer que todo sistema, sean cuales fueren sus méritos, ceda y dé lugar a la pura y no adulterada Palabra de Dios.

No imitan a su Maestro al invitar a todos los hombres a Cristo; no se atreven a predicar un Cristo pleno a pecadores vacíos; se avergüenzan de decir: "Todo aquel que tiene sed, venga al agua"; se han visto obligados a encubrir un pasaje como éste, porque no podían entenderlo: "Oh, Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo del ala, y no quisisteis".

No se atrevían a predicar sobre un texto como éste: "Vivo yo, dice Jehová, que no quiero la muerte del que muere, sino que quiero que se vuelva a mí y viva". Se avergüenzan de decir a los hombres: "Volveos, volveos, ¿por qué moriréis?". No se atreven a salir y predicar como lo hizo Pedro: "Arrepentíos, y convertíos para que sean borrados vuestros pecados". Esto, dicen, sería negar de inmediato la doctrina de la elección.

Pero amados, no hemos aprendido tanto de Cristo. Confío en que hemos aprendido a probar prácticamente por medio de nuestro ministerio, que es posible tener todas las entrañas de compasión que un hombre pueda sentir por las almas moribundas, y sin embargo asir con mano firme el estandarte de la doctrina de la gracia. Ha sido nuestra meta y objetivo, al menos puedo hablar por mí mismo, ha sido mi meta y objetivo en mi ministerio, mostrar que aunque creo que el Señor conoce a los que son Suyos, al mismo tiempo está escrito sobre la fuente de aguas vivas: "El que quiera, venga y tome gratuitamente del agua de la vida".

A veces se ha dicho que la doctrina de la elección conduce naturalmente al descuido y a la dureza de corazón en el pecado, que actúa como un insecto para asustar a los penitentes, y como una droga que hunde al impenitente en un sueño más profundo. También aquí debo confesar, pues no es sino un deber de franqueza reconocerlo, que la predicación de algunos hombres ha tenido esta tendencia, esta doctrina se ha usado con demasiada frecuencia para la destrucción de las almas de los hombres. Pero, ¿qué argumento es éste contra su verdad? ¿Qué verdad no ha sido pervertida?

¿No hay, por otra parte, quienes enseñan la misericordia universal de Dios, y no ha condenado eso las almas de los hombres? Pueden enseñar, y enseñar correctamente también, que Dios es paciente, y que a la hora undécima todavía invita a un pecador a Sí mismo, pero ¿no ha ayudado ese mismo hecho de la paciencia de Dios a adormecer a los pecadores, y a debilitar el poder de esa tremenda palabra: "Hoy, si oís su voz, no endurezcáis vuestros corazones"?

No hay pasaje de la Escritura que no pueda ser el medio de la destrucción de un hombre, si él quiere hacerlo así. Desde el mismo pináculo del templo podéis arrojaros, diciendo en el momento de suicidaros: "A sus ángeles ha encargado de mí, que me guarden en todos mis caminos". Si sois tan insensatos como para destruirlos al pie de la cruz, podéis hacerlo.

Hay muchos caminos hacia el infierno, y cuando un hombre quiere cometer auto asesinato en su alma, no necesita estar perdido para destilar de las verdades más sanas de las Escrituras, veneno para su espíritu. Digo, pues, que no prueba nada en contra de la doctrina el que los hombres la hayan pervertido de tal modo.

Esta doctrina también ha sido acusada a menudo de una tendencia a cortar las simpatías de los cristianos hacia sus semejantes. "Seguramente," dice uno, "si tú te crees un elegido, y si yo no puedo recibir la doctrina, pero sin embargo, pongo mi humilde confianza en Cristo, hay una tendencia en la doctrina a hacerte exclusivo y separarte de todo el resto de los hombres." Y debo confesar de nuevo, que demasiados sostienen las doctrinas de la gracia con amargura.

Un viejo puritano en St. Paul's Cross, se quejaba de un grupo de ministros que eran como avetoros, usando la vieja palabra inglesa, eran como un avetoro, como él los llamaba. No tenían canto, sólo podían emitir graznidos. No tenían una nota dulce que cantar. Desgraciadamente, los hay. Su estilo siempre parece ser: "Si sostienes lo que predico, irás al cielo; si no lo haces, te lo advierto muy solemnemente como parte de un hombre fiel, todo depende de ti".

No importa que no haya más que un matiz de diferencia, aunque el indocto no pueda decir dónde hay algún punto de divergencia, sin embargo, según estos buenos hermanos, seremos destruidos para siempre, porque no podemos sentarnos a sus pies y recibir exclusivamente todos los dogmas que ellos enseñan.

Pero mis queridos amigos, si alguno de ustedes está trabajando bajo la idea de que la doctrina de la elección fomenta tal espíritu, permítanme disuadirlos. Por el contrario, ha sido el deseo del verdadero calvinista, no de los hipercalvinistas (no puedo defenderlos) sentir que si ha recibido más luz que otro hombre, se debe a la gracia de Dios, y no a sus méritos. Por eso se inculca la caridad, mientras que se excluye la jactancia.

Damos la mano a todo hombre que ama al Señor Jesucristo, sea lo que sea o sea quien sea. La doctrina de la elección, como el gran acto mismo de la elección, tiene el propósito de dividir no entre Israel e Israel, sino entre Israel y los egipcios; no entre santo y santo, sino entre los santos y los hijos de este mundo.

Un hombre puede ser evidentemente de la familia elegida de Dios y, sin embargo, aunque elegido, no creer en la doctrina de la elección. Sostengo que hay muchos llamados salvíficamente que no creen en el llamamiento eficaz, y que hay muchos que perseveran hasta el fin, que no creen en la doctrina de la perseverancia final. Esperamos que los corazones de muchos sean mucho mejores que sus cabezas.

No atribuimos sus falacias a ninguna oposición voluntaria a la verdad tal como es en Jesús, sino simplemente a un error en sus juicios, que rogamos a Dios que corrija. Esperamos que si ellos también piensan que estamos equivocados, nos correspondan con la misma cortesía cristiana, y cuando nos reunamos en torno a la cruz, esperamos que siempre sintamos que somos uno en Cristo Jesús, aunque todavía el Espíritu que nos ministra no nos haya conducido a todos a lo largo y ancho de la verdad.

Habiendo despejado así el camino cortando algunos de los árboles que se han interpuesto en mi camino, procedo a notar el efecto real de la doctrina de la elección sobre el verdadero cristiano. Dividiré mi tema así: la influencia que tiene sobre nuestras opiniones, nuestras emociones, nuestras experiencias, nuestras devociones y nuestras acciones. Concibo que estas cinco abarcan la totalidad de la vida cristiana.

1. La creencia en la doctrina de la elección tiene un efecto muy saludable en nuestras opiniones.

Cualquier observador que haya recorrido la historia de la Iglesia no dejará de descubrir que la doctrina de la gracia ha ejercido una influencia sazonzadora sobre las mentes de aquellos que han estado arraigados y cimentados en su suelo fuerte y fructífero. En la actualidad, el luteranismo en el continente es apenas mejor que la infidelidad. He sido informado por aquellos que son capaces de juzgar, que demasiados de los seguidores de Lutero se han degenerado, han desechado la espiritualidad, y realmente han regresado a los míseros elementos del romanismo, aunque persistan en su profesión protestante.

Pero, hermanos míos, no se puede decir lo mismo de los seguidores de Calvino. La Iglesia Reformada Holandesa, aunque puede haber mucho en ella por lo que podríamos lamentarnos, nunca se ha apartado de la verdad tal como es en Jesús. Entra en el lugar de culto donde los Reformados ocupan el púlpito, y no tendrás ninguna pérdida para descubrir el camino al cielo. Puede haber demasiada sequedad en sus oraciones, y demasiada torpeza en su modo de predicar, pero la verdad, la verdad vital está allí, y Dios todavía dispone de ella en la salvación de los pecadores. Puede que no tengan tan alta fama ni ejerzan tan amplia influencia como sus nobles antepasados, pero no se han desviado hacia la herejía ni han pervertido las verdades del Evangelio de Cristo.

Y con todas las defecciones de la época presente, aunque los sectarios de todas las clases se han unido a la Iglesia de Roma, apenas puedo recordar un solo caso en el que algún hombre que haya abrazado alguna vez esa "forma de palabras sanas" llamadas las doctrinas de la gracia, las haya abandonado alguna vez, menos para desviarse a la desesperada herejía de esa falsa iglesia.

La verdad es que la doctrina de la elección, con las verdades hermanas vinculadas a ella, actúa como una gran ancla. Sostiene firmemente el alma, y mediante la influencia del Espíritu Santo, el hombre llega a sentir que tiene algo estable en lo cual confiar, que no puede ni quiere dejar que lo zarandeen en el mar, sin carta ni brújula, a merced de todo viento de doctrina.

Hay algo en la doctrina que, por así decirlo, excava la tierra y deja que el alma eche raíces profundas, que nos ciñe como con un triple cinturón de acero y no deja lugar en el que la flecha de la infidelidad o de la falsa doctrina pueda encontrar un sitio para herirnos. Como iglesia y como pueblo unido en el temor del Señor, espero que nuestra experiencia demuestre al mundo que, aunque otras iglesias se aparten gradualmente de su sencillez y firmeza, nosotros, renunciando a todo lo que no concuerde con la desnuda sencillez y belleza de la verdad, nos aferraremos a la forma de la verdad que hemos recibido y que nos ha enseñado el Espíritu de Dios en Su santísimo Libro.

Y esto no es todo. La elección que yo tomo, y estoy hablando aquí de todo el conjunto de verdades que se agrupan alrededor de esto como su sol central, no sólo tiene un poder salador, sino que ejerce un poder saborizante y sazoador sobre todas nuestras otras doctrinas. El evangelismo más puro surge de esta verdad.

No diré que el arminiano enseña que la salvación es por obras, esto es tan continuamente negado por el arminiano, que no acusaré una falsedad sobre él, ante la cual él profesa temblar, pero al mismo tiempo, digo que la tendencia del arminianismo es hacia el legalismo, no es nada más que el legalismo lo que está en la raíz del arminianismo. Cualquier doctrina del arminiano que difiera de la ortodoxa, si se disecciona cuidadosamente, probará que después de todo su base de diferencia es el legalismo.

El otro día recibí una carta de un ferviente arminiano ansioso de corregir mis opiniones. Decía: "Si Dios ha escogido a algunos hombres desde antes de la fundación del mundo, ¿no es más consistente con Su justicia concebir que haya escogido a aquellos que a través de la vida han usado sus mejores esfuerzos para servirle, en lugar de que haya escogido al borracho, o a la ramera, para darles la salvación?".

Por supuesto que es más coherente. Moisés lo demuestra, si la salvación es por la ley o por las obras, pero con el Evangelio es totalmente inconsistente, pues Cristo declara: "Los publicanos y las ramera entraron en el reino de los cielos antes que vosotros", es decir, antes que vosotros, fariseos, antes que los mismos hombres que a su manera ciega se habían esforzado por ganar la salvación por las obras.

Mis queridos amigos, después de todo, dar coces contra la doctrina de la elección es un pataleo contra el Evangelio, porque esta doctrina es un primer principio en el plan divino de la misericordia, y cuando se conoce correctamente, prepara nuestras mentes para recibir todas las demás doctrinas. O por el contrario, malinterpretas esto, y seguramente cometerás errores en el resto.

Por ejemplo, en cuanto a la perseverancia final, algunos hombres dicen: "Si perseveramos en la fe, y si perseveramos en la santidad, ciertamente seremos salvos al fin". ¿No ven de inmediato que esto es legalismo, que esto es hacer depender nuestra salvación de nuestro trabajo, que esto es hacer depender nuestra vida eterna de algo que hacemos?

Es más, la doctrina de la justificación misma, tal como la predica un arminiano, no es más que la doctrina de la salvación por las obras después de todo, pues siempre piensa que la fe es una obra de la criatura, y una condición de su aceptación. Es tan falso decir que el hombre se salva por la fe como obra, como que se salva por las obras de la ley. Somos salvos por la fe como un don de Dios, y como la primera muestra de su eterno favor hacia nosotros, pero no es la fe como nuestra obra que salva, de lo contrario somos salvos por obras y no por gracia en absoluto.

Si necesitan algún argumento sobre este punto, los remito a nuestro gran apóstol Pablo, que tan constantemente combate la idea de que las obras y la gracia puedan alguna vez estar unidas, pues argumenta: "Si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia. Pero si es por obras, ya no es por gracia, de lo contrario la obra ya no sería obra".

Creo que percibirán, si miran a través de la lista de grandes predicadores, que todos aquellos que han sido grandes en la simple predicación de la doctrina de la salvación por la fe, han sido hombres que han sostenido la doctrina de la elección; no pueden encontrar, que yo sepa, sino una o dos antiguas obras puritanas escritas por alguien que no haya sostenido esta verdad. No se puede descubrir una gran teología (miren hacia atrás a través de los siglos) que no la haya sostenido. Ha habido algunos pequeños en los tiempos modernos, y algunos serios también, pero las épocas pasadas han estado todas completamente desprovistas de algo parecido a un gran predicador que no haya sostenido esta doctrina.

Podría hacer la excepción de Wesley y Fletcher, de Madely, entre los teólogos modernos, pero en los tiempos antiguos no hubo ningún predicador grande y exitoso que no sostuviera la doctrina de la elección. Esta doctrina siempre ha tenido un poder evangelizador en las almas de los hombres, de modo que aquellos que la han sostenido, han predicado más claramente que cualquier otro, la simple verdad de que somos salvos por gracia y no por obras. Y añadiré que también he observado que la doctrina de la elección ejerce otra influencia sobre las opiniones de los hombres, las hace más claras y lúcidas.

De los cientos de jóvenes que continuamente vienen a unirse a nuestra iglesia, de todos los grupos de cristianos, siempre he descubierto que los que tienen la mejor idea de las Escrituras, no simplemente mirándolas desde mi propio punto de vista, sino permitiendo que otras personas sean jueces, son los que han sostenido esta doctrina. Sin ella hay una falta de pensamiento, y en general no tienen idea alguna de un sistema de teología. Es casi imposible hacer de un hombre un teólogo a menos que se comience con esto.

Podéis, si os place, enviar a un joven creyente a la universidad durante años, pero a menos que le mostréis este plan básico del pacto eterno, progresará poco, porque sus estudios no son coherentes, no ve cómo una verdad encaja con otra, y cómo todas las verdades deben armonizar juntas. Una vez que tenga una idea clara de que la salvación es por gracia, que descubra la diferencia entre el pacto de obras y el pacto de gracia, que comprenda claramente el significado de la elección, como muestra del propósito de Dios, y su relación con otras doctrinas que muestran el cumplimiento de ese propósito, y desde ese momento estará en el camino correcto para convertirse en un creyente instructivo. Siempre estará listo para dar razón de la esperanza que hay en él con mansedumbre y con temor.

La prueba es palpable. Si tomamos cualquier comunidad de Inglaterra, encontraremos hombres pobres que tienen un mejor conocimiento de la teología que la mitad de los que provienen de nuestras academias y colegios, por la simple y única razón de que estos hombres han aprendido primero en su juventud el sistema del cual la elección es el centro, y han encontrado después que su propia experiencia concuerda exactamente con él. Han construido sobre ese buen fundamento un templo de santo conocimiento, que los ha hecho padres en la iglesia de Dios.

Cualquier otro esquema es como nada para construir, no son más que madera, heno y hojarasca. Amontona lo que quieras sobre ellos, y caerán. No tienen ningún sistema de arquitectura, no pertenecen a ningún orden de razón o revelación. Un sistema desarticulado hace su piedra superior más grande que su fundamento, hace que una parte del pacto esté en desacuerdo con otra, hace que el cuerpo místico de Cristo no tenga forma alguna, le da a Cristo una novia que Él no conoce y no elige, y lo pone en el mundo para que se case con cualquiera que lo quiera, pero Él mismo no puede elegir.

Estropea toda figura que se use con referencia a Cristo y a su iglesia. El buen y antiguo plan de la doctrina de la gracia es un sistema que una vez recibido rara vez se abandona; cuando se aprende correctamente, moldea los pensamientos del corazón, y da un sello sagrado a los caracteres de aquellos que una vez han descubierto su poder.

II. En segundo lugar, vengo a hablar acerca de *la influencia de la doctrina de la elección en nuestras emociones.*

Aquí no hablamos de una cuestión de opinión, sino de efecto. El hombre que suspira por algún testimonio divino de que es elegido por Dios es, creo yo, necesariamente humilde. Pero el hombre que sabe, por medio de tiernas evidencias, que este sello está puesto sobre él, es alguien a cuyos ojos se oculta para siempre toda pretensión egoísta. Si pudiera suponer que Dios lo ha escogido por la previsión y el conocimiento anticipado de algunas buenas cualidades que posee, podría envanecerse con un engrimiento insoportable, pero sabe que Dios ha escogido las cosas insensatas, las débiles, las viles, las que no lo son, cosas demasiado despreciables para ser notadas en este mundo. Por lo tanto, debe ocupar su lugar allí abajo, entre los despojos de la tierra, antes de que pueda ser elevado por la gracia para sentarse entre los herederos adoptivos de la gloria.

Hay algunos que profesan creer en la doctrina de la elección que son tan orgullosos como Lucifer, pero no es la doctrina de la elección lo que los hace así, sino sus propios corazones malvados que pueden convertir todo lo bueno en malo. Tales hombres, pienso, son más bien fatalistas en juicio, que creyentes en el amor de Dios Padre de corazón. La doctrina misma, si se interpretara correctamente, tendería a humillar a los tales y a mantenerlos humildes. ¿Puedes concebir un espíritu más contrito que el expresado en estas líneas?

***"¿Por qué fui hecho para oír Tu voz,
y entrar donde hay lugar,
mientras miles eligen miserablemente,
y prefieren morir de hambre antes que venir?"***

***Fue el mismo amor que extendió el festín,
que dulcemente me obligó a entrar,
si no, aún me negaría a probar,
y perecería en mi pecado".***

Yo pregunto si tal himno, que contiene la esencia misma de la doctrina, no es la expresión mansa de un alma sumisa. ¿Puede el altivo corazón no sometido albergar un sentimiento como éste?

***"¿Qué había en mí para merecer estima,
o para deleitar al Creador?
así es, Padre, así debemos decir,
porque así pareció bien a Tus ojos".***

El lenguaje de este himno debe estar en armonía con nuestra vida diaria. Si somos elegidos y amados, debemos inclinarnos humildemente ante el trono y dar a Dios la gloria de nuestra salvación.

Tomemos la doctrina de nuevo, con respecto a otra emoción del alma, no simplemente de postración, sino la emoción de gratitud. Hay una generosidad común de Dios que apela a la gratitud común. Desgraciadamente, con demasiada frecuencia pasamos por alto estas misericordias ordinarias y menospreciamos la bondad que las otorga. "Hace brillar su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos". Podéis salir a los campos y ver la liberal providencia del Creador, y cuando lo hagáis, os compete elevar vuestros corazones y adorar.

Pero dime, ¿no hay un sentimiento más dulce de gratitud para el alma que experimenta Su favor particular? ¿Te ha traído a la casa del banquete? ¿Ha ondeado sobre tu cabeza el estandarte de Su amor? ¿Pone Su mano izquierda bajo tu cabeza, y Su mano derecha te abraza? ¡Qué gratitud suscitarán tales atenciones selectas hacia Sus elegidos! Esto seguramente pondrá algunas estrofas en tu salmo de alabanza que nunca resonaron a través de las gloriosas montañas y de los fructíferos valles, una música demasiado suave para el mundo exterior y apropiada sólo para la cuarto interior del afecto.

Booz saludó con bondad a los segadores. Fue generoso con las doncellas que recogían las gavillas. Pero fue mayor la bondad que mostró con Rut. La gratitud que ella sintió fue mayor que la de ellos: "Y postrándose en tierra, le dijo: ¿Por qué he hallado gracia en tus ojos para que te fijes en mí, siendo yo extranjera?" Este favor electivo, este consuelo selecto, este discurso amistoso, estas palabras al corazón: estas son las cosas que despiertan la gratitud devota en el creyente; el amor que distingue y es selectivo despierta el eco de la gratitud que conmueve el alma.

Por otra parte, a veces se dice que se trata de una doctrina muy sombría. Juan Calvino es descrito a menudo por quienes odian las doctrinas que aclaró y predicó, pues él no es el autor de ellas, como tampoco lo soy yo, se le describe como un asceta terrible, de semblante prohibitivo, de predicar la destrucción de los infantes y de deleitarse con otros sentimientos horribles, que en su alma aborrecía, y que ninguno de sus escritos inculca jamás. Estas son invenciones de la falsedad.

Juan Calvino era ciertamente un hombre enfermizo, y parecía enfermo, y bien podía serlo. Si un arminiano hubiera tenido que pasar por la mitad de las dificultades y pruebas, habría estado en la tumba diez años antes, no habría tenido resistencia en su alma para soportar la enfermedad corporal que el pobre Juan Calvino tuvo que soportar. Sin embargo, todas las mañanas se le veía subir a la facultad de teología y dar sus conferencias en los salones ante sus estudiantes, y tenemos el resultado de su trabajo en unos cincuenta y seis grandes volúmenes de la más extraordinaria teología, que aquellos que se enfurecen contra él deberían leer antes de volver a abrir la boca.

Ese hombre fue preservado en medio de problemas, peligros y desgracias, siendo todavía un hombre alegre en su corazón, con destellos de sol en su alma, cuyo destello he visto en su comentario, y descubierto en sus instituciones continuamente. La tendencia de la doctrina de la elección no es sombría, sino alegre. Sé que ha habido momentos en los que mi espíritu ha estado tan decaído que nada podría elevarlo excepto esta preciosa verdad. Incluso he tomado el libro del viejo Elisha Coles sobre la Soberanía de Dios y he leído un capítulo de él como tónico, y me he sentido mejor y más feliz. Junto con la Biblia, tales libros tienden a alegrar el alma de uno más que cualquier otro libro que yo conozca.

En mis días brillantes y felices permíteme tener otras cosas, bagatelas si quieres, pero debo llegar a la solidez cuando yazgo en mi lecho, y especialmente cuando me acerco a la boca de la tumba, y estoy listo para mirar hacia la eternidad. No sé qué descubrirás para consolarte, no hay nada salvo la doctrina de la gracia que me satisfaga, nada salvo eso me dará algún consuelo.

Esta doctrina ha llenado a veces nuestras almas de una alegría que apenas sabíamos cómo contener, hemos subido como en alas de águilas hasta nuestro Dios, que nos ha hecho regocijarnos en Él por razón de su favor selectivo. ¿Qué fue lo que hizo danzar a David ante el arca? La doctrina de la elección, pues ¿qué dijo a la mujer que se burlaba de él por su danza? Dijo: "Dios me ha elegido antes que tu padre". Esa verdad lo movió a la alegría, y muchos herederos del cielo han danzado ante el arca de Dios cuando el Espíritu les ha revelado que su nombre está inscrito entre los escogidos de Jehová.

III. Habiendo mostrado el efecto de esta doctrina sobre nuestras emociones, al humillarnos y conmovernos, y llevarnos en santo gozo y arrobamiento, preguntemos ahora **¿qué efecto tiene sobre nuestra experiencia?**

Este es su efecto sobre la experiencia del cristiano, le hace regocijarse en medio de un profundo abatimiento, y de nuevo, le ablanda en medio de la alegría mundana. Parece decirle: "Pero no os regocijéis por esto, sino regocijaos más bien porque vuestros nombres están escritos en los cielos". Sobre esto no me detendré, pero tal vez sea justo añadir que la doctrina de la elección, en su forma crudamente tergiversada, ha tenido una influencia muy dolorosa en la experiencia de muchos jóvenes creyentes.

Hay muchos que tienen gracia suficiente para convencerse de pecado, pero no luz suficiente para ver al Salvador, que durante mucho tiempo se mantienen en tinieblas y en el valle de sombra de muerte, por temor de que no podrían venir a Cristo correctamente sin conocer primero su elección. Este asunto me fue planteado esta tarde por uno de un numeroso grupo de convertidos con quienes tuve el placer de conversar.

Una buena mujer me dijo: "Tuve un período de algo parecido a la esperanza después de que fui llevada a buscar al Señor. Entonces, de repente, la doctrina de la elección se cruzó en mi camino, y estuve durante mucho tiempo muy angustiada al respecto". No me sorprendió su ansiedad, pero me gratificó descubrir que había obtenido la verdadera solución de su espinoso punto.

No fue cerrando sus ojos a la verdad tal como está registrada en la Biblia, sino haciéndola llegar a su conciencia con el poder del Espíritu que encontró la paz. Y ahora la doctrina que una vez apareció a sus oscuros pensamientos como una valla de hierro o un muro de bronce para excluir a los pecadores de venir a Cristo, se aclara a su fe como una puerta abierta para admitir a los santos en la presencia del Padre.

¿Entendéis esto, hermanos míos? Si hablo de doctrina en el orden divino, el propósito de Dios Padre fue antes de la obra de Dios Hijo. Es decir, fuimos inscritos como santos en el Libro de la Vida antes de ser considerados pecadores, y antes de que la sentencia de muerte recayera sobre nosotros en Adán. Sin embargo, cuando hablo de la experiencia, el orden se invierte. Somos llevados al conocimiento de nuestra pecaminosidad en la carne antes de aprender nuestra aceptación en el Amado.

Si, sin que parezca que olvido la Unidad eterna de las Tres Personas en la Divinidad, me atreviera a ilustrar lo que quiero decir, se lo expondría de la siguiente manera. Dios Padre nos amó primero, y nos entregó a Cristo; ésa es la doctrina de la antigua alianza. Pero al mostrarles la doctrina de la Redención, Jesucristo primero nos encuentra como ovejas perdidas, y luego, habiéndonos santificado por Su única ofrenda, nos presenta al Padre.

O también, el decreto de la elección es más antiguo que el hecho de nuestro llamamiento, tal como está en los concilios de la eternidad. No así en la ministración del Espíritu Santo. Aquí nuestro llamamiento se abre primero, y el conocimiento de nuestra elección sigue después. ¿Por qué? Respondo por esta razón, porque en el llamamiento de la gracia siempre somos vistos como pecadores, e invitados y cortejados como pecadores, mientras que en la elección de la gracia siempre somos vistos como santos, como personas santificadas en el más alto sentido de la palabra. Pues bien, como pecadores perdidos somos invitados a Cristo, pero como elegidos y preciosos somos presentados al Padre sin culpa en amor.

La elección grita tan fuerte como cualquier otra doctrina: "El que quiera, venga y tome gratuitamente del agua de la vida". Y si la elección es llamada a dar cuenta de esto, responde: "Los que quieran venir, Dios quiere que vengan, y los que tengan hambre de venir, Dios los ha hecho tener hambre, y ahí está la prueba de su elección". Los que buscan deben encontrarlo, porque la elección misma decreta que el que busca encontrará, y al que llama se le abrirá.

IV. Y ahora debo ser muy breve sobre el siguiente punto, que es *el efecto que la elección tiene sobre nuestras devociones.*

Es extraño decir que este efecto se descubre en un cristiano, cualquiera que sea su credo religioso. Hermano mío en Cristo, tú que has tenido tus ojos cegados durante mucho tiempo por hacer el mal, ven y déjanos oírte orar: "Padre nuestro, que estás en los cielos, te bendecimos por Tu gracia que nos buscó cuando estábamos alejados de Ti, por Tu amor que fue forzado sobre nosotros cuando no te amábamos. Te alabamos, Señor, porque nos llamaste y nos trajiste al redil".

Allí el hombre, como ven, está reconociendo la gracia gratuita de Dios en sus oraciones. Continúa: "Oh, Señor, cuando miramos a quienes nos rodean, que todavía están muertos en pecado, lloramos por ellos, y nos vemos obligados a decir: 'Oh, Señor, es por Tu gracia que somos lo que somos, Tú nos has hecho diferentes. Señor, toma a esos otros como tizones del fuego, y extiende tu mano para salvarlos'".

Pues, mi querido amigo, no lo estás dejando a su libre albedrío en absoluto, no lo estás dejando a ellos, sino pidiéndole a Dios que los elija. Un hombre puede predicar el arminianismo, pero no puede orar, sería una blasfemia en la oración si lo hiciera. Y así la doctrina de la gracia es la inspiración misma de la canción.

Los himnos de Kent son, en mi opinión, tan desprovistos de poesía como cualquier otro himno que haya leído jamás, y sin embargo ruedan con toda la marea de la melodía. Ofrecen una simple declaración de una buena y sólida doctrina, y eso es poesía, es poesía esencial, porque la poesía es, después de todo, la forma más grandiosa de la verdad. Siempre habrá un efecto producido en el hijo amoroso de Dios en su adoración, por su creencia. Su creencia instintiva, aunque tal vez negada, en la doctrina de la elección, una creencia que debe existir en la fe de todo hijo de Dios, por mucho que le niegue un lugar en su credo.

Por otra parte, ¿esta doctrina empaña la vigilancia del cristiano? Por supuesto que no. Creyéndose escogido por Dios, siempre está velando en oración para no manchar sus vestiduras y deshonorar al Dios que lo ha honrado. ¿O acaso esto le impedirá escudriñar las Escrituras, cuando sabe que en cada línea de la Escritura tiene un interés especial? La devoción de aquellos hombres que han sostenido esta gran verdad está más allá de toda comparación. El ardor del creyente más entusiasta en las buenas obras nunca ha rivalizado con el santo ardor del hombre que no tiene nada que lo mueva en su oración, instrumentalmente más allá del reconocimiento agradecido de su elección por Dios en Cristo Jesús.

V. Para concluir, *¿qué efecto tienen la elección en nuestras acciones?*

Si esta doctrina se recibe y se conoce plenamente, se respira con toda gratitud hacia Dios, un ferviente deseo de manifestar Su alabanza. Conduce a toda clase de santa actividad, y a un esfuerzo sincero para el servicio de Dios. Los escritores filosóficos nos dicen continuamente que la idea de necesidad, la idea de que algo está fijado o decretado, tiende inmediatamente a amortiguar la actividad. Nunca hubo una tergiversación más burda. Mirad en el extranjero, todo lo que ha sido grande en el espíritu de la época ha tenido un Necesitarista en el fondo.

Cuando Mahoma predicó la predestinación, adoptó un punto de vista Necesitarista. ¿Esa doctrina de la predestinación hizo ociosos a sus seguidores? ¿No les hizo lanzarse a la batalla, declarando que debían morir cuando llegara el momento señalado, y que mientras vivieran debían luchar y defender fervientemente su fe? O tomemos un ejemplo de la historia de nuestro propio país. ¿Acaso el calvinismo de Oliver Cromwell hizo ociosos a sus soldados de hierro? ¿No mantuvieron su polvo seco? Creían que eran hombres elegidos por Dios, ¿y no eran hombres de valor? ¿Manchó esta doctrina su fuerza?

Por eso, en toda buena empresa, nuestras iglesias nunca están atrasadas. ¿Estamos atrasados en la empresa misionera? ¿Somos lentos en enviar hombres de Dios a predicar en tierras extranjeras? ¿Somos deficientes en nuestros esfuerzos? ¿Somos de los que predicán a unos pocos elegidos, de los que erigen edificios para el culto en los que los pobres apenas se atreven a entrar? ¿Somos de los que reservan los servicios religiosos a un círculo privilegiado? El hecho es que los hombres más celosos, más sinceros y más exitosos han sido aquellos que han sostenido esta verdad, y por lo tanto no puede ser cierto que esto tienda a apagar nuestras energías o a frustrar nuestro celo.

Pero la mejor prueba de ello está especialmente en nuestras vidas. En medio de la santa congregación de Dios, comprometámonos esta noche a que sostener esta verdad no nos hace impíos ni inactivos. Es nuestro ansioso esfuerzo ser limpios como hombres escogidos para llevar los vasos del Señor. Es nuestra sincera oración que a tiempo y fuera de tiempo trabajemos para ganar las almas de los hombres, sabiendo que a las iglesias de Dios se les ha encomendado la obra de reunir a las ovejas que son de su redil, pero que deben ser traídas, para que haya un solo rebaño y un solo Pastor.

He entrado mucho en controversia esta noche, no es frecuente que lo haga, pero todo constructor en estos tiempos debe tener su espada sobre el muslo, y esta noche les he mostrado la espada. Que Dios nos guíe a cada uno de nosotros a este glorioso Libro, para que nos aferremos a las verdades que nos enseña. Y cuando hayamos visto una verdad, no nos demoremos en declararla. Estén seguros de que aquellos que honran a Cristo en Su Palabra serán honrados por Cristo en Su gloria.

Oh, que ustedes aquí presentes, que hasta ahora nunca han buscado a Cristo, y nada saben de Él, en lugar de asustarse por esta doctrina, vinieran ahora a Cristo y dijeran: "¡Señor, tómame tal como soy y sálvame, pues Tú puedes hacerlo, y a Ti será toda la gloria!"

Sería bueno que algunos de ustedes dijeran lo que un convertido ahora presente dijo cuando estaba casi desesperado. Dijo en su oración: "Jesús, si no quieres tenerme a mí, te tendré a Ti", y se aferró a Jesús. Enseguida tuvo una clara visión de Cristo y de Su cruz, y pudo discernir personalmente que si él quería tener a Cristo, entonces ciertamente Cristo ya lo tenía a él. Tal deseo y resolución nunca habrían surgido de otra manera en su alma. Que Dios bendiga estos comentarios, por amor de Jesús. Amén.

EstudiaLaPalabra.org